

Repensar la arquitectura tradicional para el habitar actual
Estudio de caso: Zaragoza, Cuarto Espacio

Elías Ángel Peiró Labarta

Este trabajo es el resultado del proyecto de investigación “Repensar la arquitectura tradicional para el habitar actual. Estudio de caso: Zaragoza, Cuarto Espacio” premiado en la convocatoria de los Premios a la Investigación 2010 de Zaragoza Provincia, Cuarto Espacio, de la Excma. Diputación Provincial de Zaragoza.

Diciembre 2010

Sería suficiente si *habitar* y *construir* llegasen a entrar en la esfera de lo que *merece ser preguntado* y permaneciesen de este modo entre aquello sobre lo que *vale la pena pensar*.

MARTIN HEIDEGGER, “Construir, habitar, pensar”

•

Antes de conocer la palabra arquitectura, todos nosotros ya la hemos vivido. Las raíces de nuestra comprensión de la arquitectura residen en nuestras primeras experiencias arquitectónicas: nuestra habitación, nuestra casa, nuestra calle, nuestra aldea, nuestra ciudad, nuestro paisaje son cosas que hemos experimentado antes y que después vamos comparando con los paisajes, las ciudades y las casas que se fueron añadiendo a nuestra experiencia.

PETER ZUMTHOR, *Pensar la arquitectura*



Sos del Rey Católico

Agradecimientos

Esta investigación ha contado con la participación de muchos vecinos anónimos del Cuarto Espacio. A todos ellos quisiera expresar mi agradecimiento por su disponibilidad, interés y amabilidad para atender mis consultas, dudas y preguntas. En realidad, son ellos los protagonistas de esta investigación, pues con su habitar posibilitan que la arquitectura tradicional permanezca viva.

Quisiera agradecer especialmente a Claudia Jordán Castán, Constanza Gladia Pérez, Delia y Nicolás Pérez Garasa, Faustino y Florentina de la Casa del Castillo, Javier Jiménez Moreno y Farnés Guri Casadevall, Joaquín Muniaín Sánchez, Julio Santacruz y María Pilar, su confianza y dedicación al recibirme y permitir fotografiar el interior de sus casas.

A Alberto Monreal y Elisa Durán, Félix A. Rivas, Jesús M. Sahún, el taller de cantería Olnasa, por sus valiosas aportaciones y consejos. Gracias.

Finalmente, quisiera mostrar mi agradecimiento a los responsables políticos y técnicos consultados, por su atención y tiempo dedicado, y mi reconocimiento a Zaragoza Provincia, Cuarto Espacio y Diputación Provincial de Zaragoza por permitirme llevar a cabo esta investigación.

Índice resumido

Prefacio

10 El diálogo entre la filosofía y la arquitectura

12 Introducción

Capítulo 1

20 El habitar: dimensión esencial del ser humano

Capítulo 2

42 La arquitectura tradicional como espacio del habitar

Capítulo 3

146 Las mutaciones de la arquitectura tradicional

Capítulo 4

157 En busca del tiempo perdido: la arquitectura tradicional como fuente de identidad local

Capítulo 5

166 Una promesa de futuro: de la arquitectura tradicional como problema a la arquitectura tradicional como solución

192 Conclusión

195 Bibliografía | webgrafía

Índice general

Prefacio	El diálogo entre la filosofía y la arquitectura	10	
Introducción	Introducción	12	
	<i>El mercado inmobiliario</i>	12	
	<i>Crisis económica y ecológica</i>	13	
	<i>Crisis de identidad en un mundo globalizado</i>	14	
	<i>La arquitectura tradicional</i>	15	
	La arquitectura tradicional como problema	15	
	La arquitectura tradicional como solución	16	
	<i>Objetivos de la investigación</i>	17	
	<i>Metodología</i>	19	
Capítulo 1	El habitar: dimensión esencial del ser humano	20	
	<i>La casa: lugar central de la existencia humana</i>	20	
	<i>La arquitectura como lenguaje poético</i>	22	
	<i>El lugar y el espacio: de la fundación a la abstracción</i>	24	
	<i>La arquitectura de lo inmaterial: luz, sonido, olor y textura</i>	27	
	<i>La arquitectura como gesto: reflejo del mundo social</i>	30	
	<i>La explosión positivista: una nueva forma de habitar</i>	32	
	La nueva espacialidad: la ciudad positivista	35	
	Problemas ecológicos de la ciudad positivista	36	
	El mundo rural y el mundo urbano	38	
	<i>La vuelta al diseño orgánico: la arquitectura tradicional como posibilidad de equilibrio con el medio</i>	40	
	Capítulo 2	La arquitectura tradicional como espacio del habitar	42
		<i>Las características de la arquitectura tradicional</i>	42
<i>Las variables geográficas y climáticas del Cuarto Espacio</i>		44	
El Prepirineo y la zona del Moncayo		45	
La depresión del Ebro y las comarcas colindantes		47	
<i>Técnicas de la arquitectura tradicional: del “know that” al “know how”</i>		50	
<i>Los materiales de la arquitectura tradicional</i>		52	
La piedra, símbolo de permanencia e inmortalidad		54	
La tierra, materia universal		59	

	El adobe	61
	El tapial	67
	El ladrillo	69
	Materiales de mampostería y revocos: el protagonismo de la cal ..	73
	<i>Anatomía descriptiva de la vivienda tradicional</i>	75
	La fachada: portales, puertas y vanos	75
	El tejado, los aleros y las chimeneas	80
	<i>Anatomía funcional de la vivienda tradicional</i>	86
	Espacios y usos	86
	La casa en el ciclo vital	89
	<i>Tipologías básicas de casas en arquitectura tradicional</i>	90
	La casa elemental	90
	La casa compacta/compleja	91
	La casa con patio	91
	La casa cueva o casa troglodítica	92
	<i>El papel del espacio público en la arquitectura tradicional</i>	96
	<i>Tipologías arquitectónicas del Cuarto Espacio: descripción y localización</i>	101
	Prepirineo y Cinco Villas	102
	Moncayo: Tarazona y Campo de Borja	110
	Aranda, Jalón y Jiloca	120
	Cariñena, Daroca, Belchite	128
	Ebro central	136
	Bajo Ebro	140
Capítulo 3	Las mutaciones de la arquitectura tradicional	146
	<i>La etiología de la patología arquitectónica</i>	146
	<i>Las transformaciones del parque inmobiliario</i>	151
	El cambio de escala: las claves de un nuevo horizonte	151
	Tipos de transformaciones en la vivienda tradicional	152
	<i>La terapéutica de la rehabilitación</i>	156

Capítulo 4	En busca del tiempo perdido: la arquitectura tradicional como fuente de identidad local	157
	<i>Sobre las identidades</i>	157
	<i>Preservando la diversidad en un mundo globalizado</i>	159
	<i>La creación de tiempos, espacios y formas de vivir locales</i>	160
	<i>Representatividad del lugar</i>	161
	<i>La memoria</i>	162
	El valor intrínseco de la arquitectura vernácula como fuente de identidad personal	164
Capítulo 5	Una promesa de futuro: de la arquitectura tradicional como problema a la arquitectura tradicional como solución	166
	<i>Opciones contemporáneas para una construcción sostenible</i>	166
	Cambio de paradigma para un desarrollo sostenible	166
	Materiales de construcción e inversión energética	170
	Antiguos y nuevos materiales	173
	<i>Las ventajas de la arquitectura tradicional y la apuesta por la recuperación de lo local</i>	175
	Rehabilitación de edificios	182
	La creación de empleo y la recuperación de oficios	185
	La formación	186
	Políticas de rehabilitación	188
	El movimiento neorrural	189
	El turismo rural	190
Conclusión	Conclusión	192
Bibliografía webgrafía	195

El diálogo entre arquitectura y filosofía se ha mantenido de forma silenciosa desde que el ser humano cobija su habitar en la materialidad del hogar. El pensamiento, como reflejo de la comprensión que el ser humano tiene de sí mismo, ha creado formas de construir y las construcciones han creado formas de pensar.

Más allá del momento histórico, de la situación geográfica o de la circunstancia personal, nuestras vidas se dibujan recortadas sobre el fondo de un mundo que tratamos de comprender y que habitamos tanto física como simbólicamente. La necesidad de habitar aparece como una dimensión esencial del ser humano. Quizás “la” dimensión esencial ya que todas las demás aparecen como consecuencia de nuestra instalación en un mundo que únicamente se convierte en nuestro hogar una vez que se ha contagiado de nuestra búsqueda de sentido. Una búsqueda que requiere de un punto de partida conocido, un centro doméstico desde el que desplegar nuestras coordenadas espaciales y culturales.

La arquitectura, como matriz creadora de este punto de partida, se convierte en la aliada esencial de nuestra instalación en el mundo. Únicamente desde el arraigo en lo conocido, podemos proyectarnos hacia lo desconocido.¹ De esta forma, mediante la materialización del espacio arquitectónico en una construcción, nos volvemos capaces de convertir el espacio abstracto en un lugar lleno de sentido. Y en mayor escala, mediante la urbanización de conjuntos poblacionales, convertimos el mundo en una red simbólica en la que desplegamos nuestras vidas.

La estructura simbólica que engarza al ser humano con su mundo es una compleja concatenación de capas cuya analogía vegetal bien podría ser una cebolla. Nuestra epidermis representa la capa más íntima de esta estructura. Nuestra ropa representa la segunda capa, nuestra casa la tercera, el entorno social en que vivimos la cuarta y por último el entorno mundial y la ecología que lo sustenta la quinta.² Si

¹ El ser humano necesita pertenecer a algo conocido. La historia de la arquitectura explica la necesidad física y psíquica que tiene el ser humano de definir su alrededor dándole una estructura significativa.

² F. Hundertwasser elaboró una analogía similar para describir nuestro hogar y explicar su importancia dentro del ecosistema. Para conocer sus reflexiones sobre el tema resulta muy interesante el libro de Pierre Restany *El poder del arte. Hundertwasser. El pintor rey con sus cinco pieles*, en el que se narra la biografía del artista y el núcleo teórico de su pensamiento.

aceptamos esta analogía, deberemos considerar que todas las capas se conectan capilarizando sus erosiones y patologías. Solo si logramos desarrollar un equilibrio entre todas ellas, nuestra existencia podrá seguir protegida en lo más íntimo de esta estructura. Una estructura en la que habitamos en todos los niveles y cuyo desmoronamiento nos obliga a repensar la forma en la que habitamos en el mundo contemporáneo.

La filosofía y la arquitectura tienen pues un objeto común: el habitar. Mientras que la primera realiza una aproximación reflexiva hacia esta dimensión esencial de nuestra existencia, la segunda permite su concreción en el plano espacial. Si el habitar es una de las dimensiones esenciales de la existencia humana y la arquitectura la disciplina técnica encargada de darle cobijo, es imprescindible que el diálogo entre ambas desemboque en un cauce común de entendimiento. Sin embargo, en las últimas décadas parece haberse producido un divorcio entre ambas disciplinas. La filosofía nada puede ya decir sobre la compleja labor técnica de los arquitectos, y la arquitectura deja en manos de la filosofía el significado que pueda tener el habitar. Únicamente desde el diálogo entre ambas disciplinas, seremos capaces de encontrar un equilibrio entre la abstracción de un pensamiento sin anclaje en el mundo en el que se desarrollan nuestras vidas y la crisis que sufre la arquitectura contemporánea seducida por los dictados de la especulación inmobiliaria. Pero repensar el habitar, reflexionar sobre los espacios que nos envuelven y desarrollar una perspectiva crítica sobre los mismos es una tarea que no atañe a la filosofía ni a la arquitectura exclusivamente. El urbanismo y la geografía, la sociología o la antropología, la historia y la ecología, enriquecen igualmente el debate acerca del significado del habitar. Debate que solo mediante el diálogo abierto entre todos los horizontes implicados podrá llevar a alcanzar una línea de convergencia basada en el conocimiento de la idiosincrasia y en el respeto a la alteridad.

Introducción

El mercado inmobiliario

El mercado inmobiliario se ha convertido en uno de los principales motores socioeconómicos de este principio de siglo en la provincia de Zaragoza, Aragón y en toda España en general. Sin embargo, los efectos de la onda expansiva del mercado de la construcción en la provincia de Zaragoza han sido muy divergentes en función del tamaño de la población y su cercanía a la ciudad de Zaragoza. Así, y mientras en los pequeños municipios rurales³ alejados de la capital, la despoblación imperante ha supuesto el abandono de las casas y su consiguiente deterioro, sólo salvadas de este final en su conversión como segundas residencias,⁴ los municipios intermedios, en especial los localizados en el área próxima a la capital de la provincia, y las ciudades en general, han experimentado una acelerada urbanización principalmente de grupos estandarizados de viviendas unifamiliares en sus periferias. No obstante, y a su vez, el centro de las ciudades asiste a procesos de vaciado, transformándose en una suerte de museo que comparte su “aura” con oficinas, locales comerciales y pisos de alquiler. Por todo ello, cabe preguntarse, ¿tiene algún sentido construir más pisos de los que se pueden habitar? ¿Tiene algún sentido construir cuando existen viviendas vacías cuya rehabilitación evitaría una nueva y costosa construcción además de la salvaguarda del patrimonio arquitectónico local? Ciertamente, una vez que la ideología especulativa invade al comprador, la genuina función de la vivienda (alojar al ser humano) se trueca por su nuevo potencial económico (enriquecer al inversor).

La corriente de especulación inmobiliaria que define nuestro presente ha calado en nuestro país de una forma especialmente pregnante dentro del escenario europeo. La inversión en la construcción de obra nueva ha multiplicado los porcentajes respectivos de numerosos países de la Unión Europea. Teniendo en cuenta estos datos, resulta

³ Según el Instituto Aragonés de Estadística, zona rural es aquella constituida por municipios de menos de 2.000 habitantes; zona intermedia, la constituida por municipios de 2.000 a 10.000 habitantes, y zona urbana, la constituida por municipios de más de 10.000 habitantes. En la provincia de Zaragoza, según el Padrón de 2009, los municipios de menos de 2.000 habitantes representan el 90,8% del total de los municipios.

⁴ Según el Censo de 2001, las viviendas secundarias representaban en el Cuarto Espacio el 20,3% del total.

imprescindible considerar el mercado de la construcción como uno de los factores determinantes de las fluctuaciones económicas que han llevado a la actual crisis financiera, económica y social. En el periodo de bonanza de la construcción, la economía se activó de forma directamente proporcional a la dinamización social y al deterioro del medio ambiente. En el período de crisis, la economía se derrumba generando tensiones sociales derivadas del desempleo y dejando intacto el empobrecimiento ecológico del medio. Reflexionar sobre las posibilidades e inconvenientes del sector de la construcción, en cuanto que pieza clave del motor del desarrollo económico de la sociedad española de este comienzo de siglo, resulta una tarea imprescindible para comprender nuestro presente y repensar nuestro futuro.

Crisis económica y ecológica

El mercado inmobiliario ha sido por tanto una de las causas –quizás la principal- de la actual crisis económica que se vive en España. Es por ello por lo que debemos buscar alternativas a nuestra forma de comprender tanto la economía en general, como la economía existencial que ha de guiar nuestras vidas. Y es que tanto construir y habitar no son meras opciones que la vida nos ofrece, sino formas de ser que generan horizontes de sentido. Horizontes que al ser colonizados por el afán de inversión económica quedan deformados bajo el monopolio de una concepción unilateral de nuestras posibilidades. De esta forma, la vida se convierte en una carrera económica de inversión, acotada a un ciclo de producción y consumo en el que las demás dimensiones de la existencia se tornan accesorias. Y así, la retribución económica del trabajo adquiere un valor preferente al ser la fuente que nos permite seguir participando en el juego de la inversión.

Junto con la reciente crisis económica, la crisis ecológica se ha revelado como una de las principales preocupaciones de nuestro presente y, especialmente, de nuestro futuro, pues nuestro actual modelo de desarrollo está agotando los recursos y reservas naturales del planeta, poniendo en juego, en consecuencia, la vida humana en un futuro quizás no tan lejano. Por ello, ya en 1987, en el Informe Brundtland, Naciones Unidas lanzó una apuesta por el *desarrollo sostenible*, al que definió como el modelo de desarrollo que satisface las necesidades de las generaciones presentes sin comprometer la capacidad de las generaciones venideras para atender a las suyas propias.

Nuestra forma de habitar y por tanto, de construir no es ecológicamente sostenible. Los costes medioambientales –con su consiguiente contribución al cambio climático- que conllevan la extracción, producción y transporte de los materiales de construcción, son los problemas primordiales derivados de una forma de pensamiento basada en el antagonismo con el medio que nos rodea. Actualmente, somos conscientes de que la Tierra es una entidad finita, amenazada y degradada, vulnerable, y sobre todo, irremplazable (agotable y no recuperable). Por ello, debemos reconsiderar la idea de la naturaleza como mero instrumento para la satisfacción de las necesidades de los seres humanos, esto es, la idea de la razón instrumental, pues la explotación sin control de los ecosistemas supone la aniquilación de nuestra fuente de vida, que no es otra que la naturaleza. Aquí entran en juego las generaciones futuras. ¿Qué mundo heredarán de nosotros? Pero, ¿acaso no tienen también derechos nuestros hijos, las generaciones que están por venir? La cuestión de la justicia intergeneracional entra de lleno en el debate de la gestión medioambiental. En el actual modelo de contrato social sólo intervienen los presentes. En cuanto que los seres por venir no pueden reivindicar sus derechos, debemos articular y representar sus intereses, y actuar con responsabilidad en la conservación del planeta en el que habitarán pues nuestras acciones afectarán sus condiciones de vida futura.

Crisis de identidad en un mundo globalizado

La globalización ha traído consigo el conocimiento de culturas lejanas, el acceso a productos otrora inaccesibles... pero también la homogeneización de los modos de vida y estandarización cultural. Desde China a Argentina, pareciera que actualmente, todos los seres humanos del planeta configuraríamos nuestras vidas bajo un mismo molde, el que impone la adecuación de las formas de vida a la economía de mercado.

La tendencia a unificar deseos, gustos y subjetividades en general, ha dejado también su impronta en el sector arquitectónico, declinándose en un estilo de carácter internacional, que sirve para todos los sitios por igual. Los flujos materiales e inmateriales canalizados por el diseño arquitectónico de las ciudades, han configurado sus espacios habitables como el reflejo de un único modelo globalizado. Las tipologías arquitectónicas de las diferentes regiones del mundo quedan hoy en día fundidas en la amalgama indiferenciada de un estilo universal. Las tipologías arquitectónicas que se

habían generado en cada localidad como el sedimento de las formas de ser de sus habitantes, dejan así paso a un estilo aséptico e impersonal.

La homogeneidad de los espacios se declina en última instancia en la uniformidad de las formas de interpretar el mundo. Y es que si la arquitectura refleja la comprensión que desarrollamos de nosotros mismos y del mundo que nos rodea, su uniformidad amenaza con fomentar la creación de un mundo unidimensional.

La arquitectura tradicional

Repensar nuestra forma de habitar en el mundo contemporáneo pasa por reflexionar sobre cómo hemos habitado y sobre cómo debemos habitar. Por ello, se vuelve indispensable prestar atención a las formas de construcción vernácula mediante las cuales nuestros antepasados han habitado generación tras generación. ¿Qué enseñanza nos puede aportar la arquitectura tradicional para el presente? Antes de responder a esta pregunta, lo primero será acotar qué entendemos por arquitectura tradicional.

La arquitectura tradicional como problema

La arquitectura tradicional, popular o vernácula⁵ es aquella que ha sido realizada por constructores no profesionales, empleando materiales provenientes del entorno inmediato y enmarcada en la estela de una serie de habilidades transmitidas desde tiempos inmemoriales.⁶ Al emplear materiales y técnicas locales, va generando una serie de modelos tipológicos propios de las zonas en las que surge. Fruto de este vínculo con el lugar en el que se emplaza y de su necesidad de mantener una relación homeostática con él, este tipo de arquitectura se basa en el respeto al medio ambiente. Un respeto que por otro lado, viene impuesto por las limitaciones tanto técnicas como materiales de las que dispone.

Actualmente, la arquitectura tradicional mantiene una posición marginal en el ámbito de la arquitectura, siendo considerada un resquicio del pasado cuya desaparición es prácticamente inevitable. Pareciera pues que hemos olvidado que la idea de progreso

⁵ Aunque los tres términos, tradicional, popular o vernácula, puedan contener pequeños matices que los diferencien entre sí al aplicarse a la arquitectura, en este estudio se usan indistintamente como sinónimos.

⁶ Carmen Rábanos Faci define así la arquitectura popular: “realizada en el medio rural, de modo espontaneista sin contar con arquitectos y por procedimiento de autoconstrucción, adaptándose al medio climatológico y paisajístico y utilizando materiales naturales extraídos del propio entorno” (1996, 13).

y el proyecto moderno en el que se inscribe, forman parte de una dialéctica que en absoluto es inocente. Prueba de ello es la ideología que sugiere a los habitantes del ámbito rural llevándoles a adoptar la tecnología constructiva basada en los nuevos materiales como, por ejemplo, el cemento. Ideología que se convierte en una suerte de imperativo categórico y de la cual se deriva un discurso que liga el adobe y los techos de cañizo con pobreza y subdesarrollo. Paradójicamente, los materiales tradicionales se están recuperando en la actualidad por arquitectos de vanguardia.

La consideración de la arquitectura popular como un problema, parte de un enfoque que difícilmente hará compatible su rehabilitación con la vida cotidiana. Y es que esta arquitectura no debe considerarse como un objeto de museo a rescatar del olvido. La arquitectura tradicional es algo más que el sedimento “fossilizado” de la vida y cultura de nuestros ancestros, pues refleja formas de comprenderse a sí mismo y de relacionarse con el medio que bien podrían contribuir a solucionar la actual situación de crisis ecológica y económica en la que nos hallamos. Para ello, es indispensable luchar contra los prejuicios que han estigmatizado a la arquitectura tradicional⁷ y revalorizar este tipo de arquitectura reconociendo tanto la complejidad significativa que conserva en la inercia de su memoria histórica, como la vida que late en ella de forma potencial y que únicamente una rehabilitación no “museística” puede despertar. Esto es, restaurar la dimensión simbólica que envuelve la desnudez de la mera estructura física de estas construcciones para que de esta forma puedan alimentarse de nuevo no sólo de la vida de sus habitantes sino también de la cultura en la que se enmarcaban. Únicamente reparando este mundo de sentido podrán los pueblos encontrar de nuevo su identidad en esas construcciones que han conformado su propia memoria colectiva fijándola en el espacio arquitectónico vernáculo. Quizás entonces se pueda aprender a crear entornos construidos más sostenibles y adecuados a nuestro mundo en crisis.

La arquitectura tradicional como solución

La sociedad moderna se ha constituido deshaciéndose y desechando todo lo que provenía del pasado y consideraba antiguo o viejo. El ideal de progreso nos ha proyectado hacia un horizonte en el que está prohibido mirar hacia atrás. Sin embargo, señala el filósofo Ignacio Izuzquiza, precisamente lo antiguo “es la permanencia del

⁷ No debemos pasar por alto el uso ideológico que se hace frecuentemente del término “tradicional”; se le suele atribuir el sentido de “arcaico” u “obsoleto”, lo cual en última instancia desfigura nuestra perspectiva a la hora de salvaguardar y recuperar este tipo de arquitectura.

pasado que pretende dialogar con el futuro y el provenir” (2003, 42). Para que nuestro presente pueda encarar de forma creativa el futuro, se debe entablar entonces un diálogo con el pasado histórico que nos constituye, lo que implica detener el tren del progreso en el que viajamos y mirar todo aquello que ha quedado en el camino.

La arquitectura tradicional es el ejemplo paradigmático de la deriva sesgada que alimenta el progreso. Su abandono no ha tenido tanto que ver con su pérdida de funcionalidad como con la miopía que mantiene la mirada moderna sobre ella. La arquitectura vernácula es sostenible ecológicamente, rentable económicamente y está preñada de un mundo histórico que nos es propio. La recuperación de tipologías, materiales y metodologías constructivas podría ser la clave de ese diálogo necesario para construir un futuro preñado de la sabiduría del pasado. Y es que sólo combinando cuanto es verdaderamente antiguo con lo más radicalmente nuevo lograremos alcanzar la síntesis que nos permita urbanizar un futuro con sentido.

Objetivos de la investigación

El objeto de estudio de esta investigación es la arquitectura tradicional del Cuarto Espacio, y en concreto, la vivienda en cuanto espacio donde se desarrolla el habitar.

La arquitectura tradicional, en parte por su desconocimiento y en parte por la visión peyorativa con la que ha sido distorsionada, amenaza con caer en el olvido. Sin embargo, constituye un valioso testimonio para conocer las raíces culturales de los municipios y la sabiduría acumulada por las generaciones que en ellos han vivido durante incontables años, puesto que sus señas de identidad se han ido consolidando mediante la ósmosis histórica con el territorio en el que ha nacido –esto es, la arquitectura tradicional es fruto de la idiosincrasia del lugar y del carácter de quienes lo habitan. Hoy en día, además, las nuevas tendencias en arquitectura sostenible –y en concreto en bioconstrucción-, basadas en el aprovechamiento de los materiales locales y antiguas técnicas de construcción, aparecen como una potente herramienta catalizadora de las prácticas de construcción tradicional. La arquitectura tradicional puede proporcionar, así pues, las claves para generar de nuevo un sentido que nos permita orientarnos en la complejidad del mundo globalizado en el que vivimos. Un mundo amenazado por la desaparición de sus horizontes de sentido que busca cierta

solidez en los valores en los que enraizar un nuevo habitar para convertir el siglo XXI en un síntesis comprensiva tanto de su pasado como de su presente y su futuro.

Así pues, en esta investigación se plantean los siguientes objetivos:

- Reflexionar sobre el espacio y el habitar en cuanto que variables constitutivas del ser humano, atendiendo a las peculiaridades de ese habitar en el territorio del Cuarto Espacio.
- Identificar las construcciones y técnicas de la arquitectura tradicional del Cuarto Espacio, en cuanto que manifestaciones del patrimonio antropológico, histórico y cultural.
- Conocer la construcción de la identidad local a partir de la relación que se establece entre la arquitectura tradicional del Cuarto Espacio y los usos y vivencias sus gentes.
- Valorizar las técnicas de construcción, materiales y recursos endógenos de la arquitectura tradicional del Cuarto Espacio que faciliten una arquitectura más sostenible y respetuosa con el entorno.

No obstante, desde una perspectiva más global, esta investigación trataría de impulsar la construcción de espacios que preservando las señas de identidad propias del territorio conlleven un habitar respetuoso con el entorno y el paisaje; favorecer la recuperación de los oficios tradicionales de construcción, dando continuidad a un saber en ocasiones ancestral; incentivar la rehabilitación y reutilización del patrimonio local que atesora el Cuarto Espacio; e impulsar la toma de conciencia sensibilizando acerca de la riqueza que esconde la cultura autóctona. En definitiva, esta investigación buscaría contribuir a desarrollar una reflexión sobre la importancia de contribuir al desarrollo sostenible.

Metodología

La elaboración de esta investigación ha partido de varias fuentes. En primer lugar, ha sido fundamental la investigación bibliográfica sobre el tema. La arquitectura tradicional aragonesa es un tema que ha sido tratado por diferentes expertos: Guillermo Allanegui desde el punto de vista arquitectónico, Carmen Rábanos Faci desde el punto de vista de la Historia del Arte, Félix A. Rivas y M. Pilar Giménez Aísa añadiendo una perspectiva antropológica... Estos autores y su labor recogida tanto en libros de texto como en páginas web, han resultado imprescindibles para guiar la investigación. Además de estos autores y sus obras, he consultado material bibliográfico que recoge temáticas tan diversas como reflexiones filosóficas sobre el habitar, estudios arquitectónicos sobre desarrollo sostenible y sostenibilidad, o páginas web dedicadas a suministrar información sobre el patrimonio arquitectónico de la provincia de Zaragoza. Especial mención, entre la información bibliográfica consultada, merece el proyecto CORPUS, (www.meda-corpus.net), financiado por el programa MEDA de la Unión Europea, acerca de la arquitectura tradicional mediterránea. Su lectura me ha orientado a la hora de estructurar la presente investigación.

La segunda fuente de información para elaborar el presente trabajo de investigación procede del trabajo de campo. Para desarrollarlo, he viajado por la provincia de Zaragoza visitando sus pueblos. Y fruto de estas visitas es el material fotográfico que ejemplifica buena parte de la información aportada por escrito. Las visitas han tenido como objetivo conocer de primera mano el parque arquitectónico tradicional a la par que entrevistar a los habitantes que en él residen en cuanto que usuarios, y por tanto, informantes clave. En este sentido, ha sido crucial la colaboración de los vecinos de las localidades.

La tercera y última fuente de información procede de las entrevistas realizadas tanto a responsables políticos como a técnicos y profesionales en general: arquitectos y empresarios relacionados con la arquitectura tradicional, y personal de los Grupos de Acción Local.

A partir de toda la información recogida, su análisis y elaboración, he llevado a cabo el trabajo que presento a continuación.

Capítulo 1 El habitar: dimensión esencial del ser humano

La casa: lugar central de la existencia humana

Si nuestra vida se despliega como un eje de coordenadas asimilando el mundo, bien podría decirse que nuestra casa es el punto cero del mismo, tanto espacial como temporalmente. Espacial en el sentido de que nuestra vida gira en torno a la casa: es el lugar del que partimos y al que regresamos cada día. Temporal en el sentido de que nuestra vida comienza en nuestra casa como punto de fuga desde el cual nos comprendemos a nosotros mismos y vamos desarrollando nuestra existencia.

En buena medida, construimos nuestra identidad personal partiendo de nuestra estructura doméstica. Nos da un lugar en la tierra y bajo el cielo. Cobija nuestros recuerdos y la memoria de nuestros antepasados. La casa se convierte así en el lugar de lo propio, en el centro desde el que dialogar con lo otro del mundo sin disolver nuestra mismidad en el flujo de instantes que dinamizan el tiempo mundano. Dice Norberg-Schulz que cuanto más está “en casa” el hombre, con mayor precisión puede definir su alrededor (1975, 40). Y es que, al igual que en las figuras que emplea la psicología de la Gestalt, el ser humano dispone de su casa como fondo sobre el que se recorta la figura del mundo.

La vivienda de la arquitectura tradicional representa, por excelencia, este punto de partida desde el que construir la identidad personal. No solo por la memoria que conserva de la vida de nuestros antepasados sino por la disposición espacial y las tipologías arquitectónicas que la caracterizan. Por ejemplo, la chimenea, ubicada como centro de la vivienda, reunía a toda la familia en torno al calor del fuego –hoy en día, es la televisión el elemento que supone esta disposición.

La casa se convierte pues, en el centro de nuestro espacio existencial, en el origen del sentido de nuestro mundo. Por ello, asociamos la sensación de “estar en casa” a la de estar en el ámbito de lo conocido. En consecuencia, ante la sensación de extravío que asola al individuo moderno, no podemos sino preguntarnos si dicho desorientación no está relacionado con la erosión de esta dimensión esencial del habitar. ¿Responde la arquitectura contemporánea a las necesidades del ser humano? ¿O solo a las necesidades del mercado?

El hogar es, evidentemente, algo más que una estructura física. La arquitectura puede encargarse de crear el espacio habitable mediante su delimitación material. Pero solo el ser humano que lo habita es capaz de inyectarle la vida que lo convierte en hogar. ¿Cómo es esto posible? Mediante la extensión del esquema corporal del sujeto. La casa se convierte en nuestra tercera piel, en la capa más externa de nuestro cuerpo.⁸ Pero la clave de esta extensión corporal descansa en su carácter intersubjetivo. El espacio doméstico se genera cuando varias personas comparten conjuntamente su hogar. Al hacerlo, el espacio trasciende su dimensión física para llenarse de la vida afectiva y simbólica de los que comparten su existencia. De nuevo esta caracterización del espacio doméstico nos retrotrae a la vivienda tradicional. Ésta alojaba a una familia cuyos antepasados y descendientes habían dejado y dejarían su huella en el espacio. En cambio, en el apartamento contemporáneo no se tiene ningún tipo de vínculo temporal ni con el pasado del edificio ni con el futuro del mismo.

La casa cumple un papel esencial en nuestra existencia íntima e interpersonal. En ella encontramos un refugio en el que cobijar nuestra vida privada, en el que desplegar nuestro pensamiento, en un diálogo silencioso con uno mismo.⁹ Nuevamente cabe recordar en la vivienda tradicional. El hermetismo e impenetrabilidad que proporciona el grosor de sus muros no solo protegía física y acústicamente del exterior¹⁰ sino que además ofrecía un tiempo silencioso para meditar junto al fuego o para sentir cómo los ciclos naturales seguían su curso. Un reposo que únicamente se detenía al abrirse la puerta de entrada, haciendo así que el mundo exterior reclamase de nuevo al habitante. Así pues, el muro que limitaba las paredes de la casa tradicional ejercía auténticamente su función de acontecimiento arquitectónico, es decir, de punto de transición entre un interior doméstico y un exterior social. La cara exterior de la casa constituía un espacio de relación de primer orden entre el grupo familiar y el conjunto de la comunidad, una plataforma desde la que desplegar la dimensión pública. La calle se convertía con frecuencia en una extensión del habitar de los inquilinos. Con unas pocas sillas se improvisaba un lugar de reunión social al que cualquier habitante del pueblo podía acudir en busca de conversación. Además, la vivienda se convertía en la

⁸ Ciertamente la casa es como nuestro cuerpo, nos acompaña toda la vida.

⁹ Un auténtico hogar debería garantizar la serenidad de un espacio en el que meditar sobre nuestra vida. Como ya sentenciaba Sócrates, una vida sin reflexión y sin examen quizás no merezca la pena ser vivida. Podemos encontrar el desarrollo de esta idea del autoexamen como necesidad esencial del ser humano en el diálogo platónico *La apología de Sócrates*.

¹⁰ Nada que ver con nuestras viviendas contemporáneas cuyas cualidades acústicas tienden a amplificar más que a enmudecer las conversaciones y demás distracciones sonoras de nuestros vecinos.

sede de muchos de los momentos más importantes de la vida de sus habitantes. Momentos que en nuestro mundo contemporáneo son cedidos a los “no lugares”.¹¹ Mientras que en el habitar tradicional la vida comenzaba y acababa en el hogar, en nuestro mundo contemporáneo el hospital parece haber tomado el relevo al acoger estos acontecimientos.

La arquitectura como lenguaje poético

Si el *habitar* es una de las dimensiones esenciales del ser humano, el alojamiento de ese habitar deberá entenderse como una actividad a la que no podemos renunciar. Existimos habitando y por ello, estamos obligados a construir moradas que protejan nuestra existencia. Como señala Heidegger en su artículo “Construir, habitar, pensar” (1994), el ser humano construye porque previamente habita, y no viceversa, como se suele creer cotidianamente. El habitar no es el fin de la construcción sino su fundamento. La construcción se constituye así en una suerte de modulación del habitar humano, es decir, de nuestra manera de ser en el mundo. Por ello, la arquitectura no solo proporciona la estructura material y formal en la que desarrollar la vida privada, sino que también constituye un entramado simbólico con elementos epistémicos, estéticos y éticos.¹²

Señala el arquitecto Fernando Espuelas, “Si la arquitectura es una fuente de significación, cada edificio se constituye como un texto” (2009, 31). En efecto, la arquitectura se expresa en un lenguaje poético al trazar mediante formas y materiales un soporte tanto físico como metafísico en el que enraizar nuestro habitar. Según sea la comprensión que el ser humano tenga de sí mismo y del mundo que le rodea, nos encontraremos una u otra estructura simbólica engarzada en la materialidad arquitectónica. Y es que tanto las construcciones individuales como las ordenaciones urbanas pueden interpretarse como un texto a ser leído. Un texto que teje la trama

¹¹ Expresión acuñada por el antropólogo Marc Augé en su ensayo *Los “no lugares”. Espacios del anonimato. Una antropología de la sobremodernidad*, para referirse a aquellos espacios constituidos para la circulación acelerada de personas y bienes (autopistas, aeropuertos), a los medios de transporte mismo o a los grandes centros comerciales (1992, 41).

¹² Así, la arquitectura nos permite ordenar el entorno en el que vivimos contribuyendo a que podamos desarrollar nuestra identidad personal (epistemología); su contemplación y uso puede ser una fuente de placer –ya sea con la mera contemplación o con el uso de sus espacios- o de disgusto (estética); y es un fiel reflejo de las normas sociales y culturales (ética).

narrativa de nuestras vidas ya que la arquitectura se constituye como el fundamento originario desde el que se despliega nuestra existencia: nacemos en la habitación de un hospital, nuestra primera infancia se desarrolla en la familiaridad de nuestro primer hogar, y vamos creciendo adentrándonos en la calles de nuestras localidades. De ahí que, como indica el arquitecto P. Zumthor, “Antes de conocer la palabra arquitectura, todos nosotros ya la hemos vivido”.

La arquitectura es así pues, una suerte de poema escrito, no con palabras, sino con volúmenes materiales y espacios formales, que coagula en un marco coherente la estructuración simbólica de nuestro mundo. Es por ello por lo que la calidad del lenguaje arquitectónico que organiza nuestro espacio, tiene una repercusión radical en la forma de relacionarnos con nosotros mismos y con los demás. ¿Merecerá la pena recuperar para el lenguaje arquitectónico del presente las formas poéticas que generaron las arquitecturas vernáculas del pasado?

Frente a la unilateralidad del “best-seller”, la poesía se caracteriza por no agotarse meramente en una sola lectura, pues provoca en su intérprete la necesidad de reconstruir en cada ocasión su sentido. Aplicando esta distinción a la arquitectura, los edificios “best-seller” serían aquellos que se agotan en su funcionalidad inmediata, y por ello, tras haber sido usados, se desechan. Frente a este tipo de construcción, los edificios-poesía serían los que a pesar de su uso permanecen como una fuente inagotable de interpretaciones; aquellos que obligan a detenerse para poder ser contemplados y que se instalan permanentemente en nuestra memoria. Mientras que el primer tipo de edificios es un mero espacio que podemos ocupar, el segundo tipo se convierte en un espacio que nos transforma en su habitación. ¿Cuál es el lenguaje que codifica nuestra arquitectura contemporánea? ¿Es un texto poético o una suerte de “best-seller”? Ciertamente, los edificios actuales no suelen poseer la riqueza semántica de un poema. Codificados bajo la obsolescencia programada de su diseño y generados en función de un modelo standard, responden al monocromatismo contemporáneo de una sociedad que consume sus productos en una dinámica continua de usar y tirar.¹³ ¿Cuál es el lenguaje que codificaba la arquitectura tradicional? La arquitectura

¹³ En el pasado, la arquitectura se desarrollaba bajo la máxima de duración: la patina del tiempo ennoblecía unos materiales que debían albergar el paso de las generaciones. Sin embargo, en nuestros días, todo, y así también los edificios, parece producirse con fecha de caducidad.

Quizás ya no tenga sentido construir edificios eternos. Pero si aceptamos esta premisa, deberíamos conjugar su caducidad con un método de reciclaje eficiente que nos permita reutilizar los materiales desechados.

vernácula estaba codificada mediante el lenguaje de la tierra en la que había crecido. Era la solución a una ecuación cuyas variables eran aportadas por la geografía y el clima del lugar: el sol y el viento, la lluvia y la tierra. Las formas de la vivienda se mezclaban con los elementos y fuerzas de la naturaleza, dialogando en una conversación sin fin. Las necesidades de sus habitantes se unían a estas variables dando como resultado una expresión arquitectónica marcada por la funcionalidad. Su lenguaje se declinaba desde las estrictas reglas de la escasez de recursos técnicos y materiales. Paradójicamente, el lenguaje de este patrimonio arquitectónico presenta la riqueza de un texto marcado por un diálogo intemporal, mantenido generación tras generación y por tanto, preñado de significado. De hecho, las viviendas tradicionales han cobijado la vida de múltiples generaciones permitiendo que cada una de ellas reinterpretase la materialidad de las viviendas desde el marco de sus necesidades vitales.

El lugar y el espacio: de la fundación a la abstracción

El ser humano está indisolublemente unido al espacio. No podemos evadirnos de esta dimensión salvo cuando nos sumergimos en nuestros recuerdos privilegiando así la dimensión temporal de nuestra existencia frente a la dimensión espacial de nuestra corporalidad. Sin embargo, al igual que ocurre cuando nos preguntamos qué es el tiempo, andamos desorientados respecto a qué es el espacio. Si reflexionamos sobre esta dimensión de nuestra existencia, en seguida nos daremos cuenta de que el espacio geométrico y matemático en el que supuestamente se desarrolla nuestra vida no guarda relación con el espacio humano que realmente nos orienta en el mundo. Frente al espacio abstracto e infinito, sin lugares ni direcciones, se extiende el espacio simbólico que constituye la “casa” del hombre. Este espacio nada tiene que ver con la asepsia matemática del eje de coordenadas cartesiano. Es un espacio generado como extensión de nuestro esquema corporal, capilarizado por nuestros estados anímicos y tejido por la red de significaciones que conforman la textura simbólica de nuestro mundo cultural.¹⁴ El eje y centro de este espacio es nuestro cuerpo: proyectamos su estructura sobre el espacio que nos rodea posibilitando así nuestra orientación cardinal en el mundo. Un mundo que se articula mediante los significados que le conferimos y que posibilitan el que nos relacionemos con nuestros semejantes.

¹⁴ La casa aparece en este sentido como repliegue en el tejido mundano; refugio para nuestra existencia.

Esta distinción realizada entre el espacio abstracto y el existencial nos permite comprender el hecho de que en las ciudades podamos estar muy cerca físicamente de nuestros conciudadanos y sin embargo sentirnos muy lejos psicológicamente de ellos.¹⁵ En los pueblos, este espacio existencial se despliega con una topología diferente. Las estrechas relaciones personales que se establecen entre los habitantes provocan un efecto inverso al que he señalado en la ciudad: los lazos afectivos de la comunidad generan que sus miembros se sientan muy cerca unos de otros.

Teniendo en cuenta que nuestra interpretación del espacio que nos rodea afecta a la comprensión que tenemos de nosotros mismos y a las relaciones que mantenemos con los demás, resulta imprescindible el análisis de este concepto. Si nos remontamos a los albores del pensamiento occidental, encontramos que Aristóteles tenía una concepción diferente a la suerte de cuadrícula abstracta con la que se representa hoy en día el espacio. Para el Estagirita el espacio era la suma de todos los lugares, un campo dinámico con direcciones y propiedades cualitativas. Posteriormente, las teorías del espacio se han basado en la geometría de Euclides,¹⁶ creándose en consecuencia un mundo cognoscitivo de relaciones abstractas, con escasa referencia directa a la vida cotidiana y por ende, a las relaciones emocionales que en ella se establecen.

La dimensión existencial, humana, del espacio la expresa el concepto de lugar. El espacio se basa en medidas, posiciones y relaciones; es cuantitativo, lógico, científico y matemático, infinito e ilimitado. Por el contrario, el lugar viene definido por las cualidades de las cosas y por los valores simbólicos e históricos. Esto es, depende de la finitud del ser humano que lo habita como extensión de su esquema corporal. En el lenguaje cotidiano, los términos “espacio” y “lugar” tienden a considerarse sinónimos. Sin embargo, Heidegger, en la conferencia “Construir, habitar, pensar” (1994), parte de la siguiente tesis: no solo ambos términos son diferentes, sino que además el espacio depende de la fundación “humana” de los lugares. El pensador alemán entiende que los espacios reciben su ser esencial de las localizaciones y no del “espacio”. El lugar no es algo previo a la arquitectura: aparece cuando ésta lo funda

¹⁵ Señala Heidegger en su artículo “¿Por qué permanecemos en la provincia?” (1994): “En verdad en las grandes ciudades el hombre puede quedarse solo como apenas le es posible en cualquier parte. Pero allí nunca puede estar a solas. Pues la auténtica soledad tiene la fuerza primigenia que no nos aísla sino que arroja la existencia humana total en la extensa vecindad de todas las cosas.”

¹⁶ En nuestros días, las geometrías no euclidianas han mostrado que toda geometría es una construcción de la imaginación humana en vez que algo hallado en la naturaleza. Como señala Einstein en su obra *Geometrie und Erfahrung*: “Cuando las proporciones matemáticas se refieren a la realidad, no son ciertas; cuando son ciertas no hacen referencia a la realidad.”

como tal mediante la construcción. Sólo a partir de la concreción material de los lugares arquitectónicos surgen espacios reales, mensurables. Por ello, construir no es equivalente a llenar un espacio abstracto que estaba allí antes del hombre. Antes del hombre no hay espacio ni espacios: éstos se manifiestan con el acto creador del edificar humano, que genera así direcciones y puntos de referencia. Por eso, los planos arquitectónicos y planes urbanísticos que olvidan que el espacio depende de la fundación de “lugares” para constituirse como un “espacio humano”, nos arrojan a un habitar desligado del mundo.

El espacio existencial del ser humano debe constituirse como un sistema estable en el que la persona se pueda orientar. Esto es condición necesaria para que podamos hallar un sitio firme desde el que organizar nuestra vida. Para ello, necesitamos instaurar una serie de centros o lugares que nos permitan crear la noción de proximidad, una serie de caminos o direcciones que garanticen la continuidad, y por último, áreas o regiones que contengan los anteriores elementos dotándolos de sentido. Nuestra capacidad orientativa depende de todos estos elementos. Solo después de que hayan sido establecidos, seremos capaces de desarrollar los esquemas geométricos del espacio abstracto.

La arquitectura tradicional, producto de las motivaciones de los habitantes y de la memoria sedimentada de sus antepasados, fundaba el lugar como un mundo idiosincrásico propio, no intercambiable y tejido por una trama significativa en la que sus habitantes podían encontrar el sentido de su vida. El lugar se constituía como un horizonte que integraba al hombre en su ambiente orgánico tradicional. En este sentido, las construcciones auxiliares de la arquitectura vernácula como las casillas de pico, las neveras o los peirones, urbanizaban el espacio creando una retícula simbólica que fusionaba el horizonte natural y el humano. Como si de un campo de fuerzas magnéticas se tratase, esta red de lugares polarizaba la vida de los habitantes del medio rural, facilitando, a su vez, la construcción de la identidad personal como parte de un todo social y cultural. Creaba direcciones y sentidos, lugares sagrados y centros de trabajo, campos de cosecha y canteras de material constructivo u hornos de pan. También el modo como se producían los desplazamientos marcaba la forma de ser del habitante. Hoy en día, la obsesión por la velocidad, materializada en el constante perfeccionamiento de los medios de transporte y en el despliegue de infraestructuras, así como la obsesión por el aprovechamiento del tiempo han creado un modo de ser y de estar en el mundo que no tiene prácticamente nada que ver con el de nuestros

antepasados. Frente a la estabilidad del mundo tradicional, nuestra sociedad se abisma en el vértigo de la estética de la desaparición, erosionando las coordenadas vitales desde las que orientarnos. Asimismo, la ideología del consumo, al permear en los patrones arquitectónicos, establece la caducidad como meta última del parque inmobiliario. Sin embargo, los seres humanos necesitamos un ambiente estructurado que seamos capaces de reconocer. Un mundo en cambio permanente imposibilita la toma de unas referencias mínimas desde las que organizar nuestras vidas.

Pero no solo nos orientamos, actuamos y existimos en el espacio, sino que continuamente creamos nuevos espacios mediante la fundación de lugares. Toda persona que elige un lugar para establecerse y vivir es creador de un espacio expresivo. Espacio que, no obstante, necesita una estructura material para que su dimensión simbólica no se evapore con el soplo de la primera ráfaga de viento. Es en este sentido en el que la arquitectura se nos ofrece como cuidado del espacio existencial del hombre.¹⁷ En la arquitectura popular los moradores dejaban su huella personal en la construcción de su espacio existencial. Sus esquemas corporales quedaban integrados en la obra arquitectónica armonizándose con los materiales disponibles y las técnicas heredadas. Al hacerlo, el paisaje espiritual y simbólico de los habitantes se fundía tanto con la materialidad de su obra como con el medio circundante que había nutrido con sus materiales a la construcción. El hogar surgía pues como un repliegue de la interioridad del habitante traduciendo la inmaterialidad de sus deseos en la existencia concreta de un espacio real.

La arquitectura de lo inmaterial: luz, sonido, olor y textura

La arquitectura tradicional del Cuarto Espacio presenta una paleta de colores que seguramente cubre buena parte del espectro luminoso. Desde la luz cegadora reflejada en el blanco encalado de los pueblos de la depresión del Ebro hasta el azul grisáceo de los muros de mampostería de las localidades de las Cinco Villas. Los contrastes geográficos de la provincia suministran tanto los materiales como las condiciones lumínicas necesarias para la creación de un crisol de inmensa complejidad y variedad.

¹⁷ La esencia de la obra arquitectónica descansa no tanto en su estructura formal -fachada, materiales...-, como en la estructura espacial que genera: el vacío que se extiende entre los muros demarcando el espacio existencial. Por ello, para acceder a la esencia de la obra arquitectónica se tiene que aprehender y sentir el espacio, más allá de la materialidad que lo envuelve.

Manejar adecuadamente esta multiplicidad sin reducirla al monocromatismo de la arquitectura actual, implica acercarse a las formas en que la arquitectura vernácula trató la luz y el color. Un tratamiento de la luz que es imprescindible para diseñar perspectivas propias y poder así apreciar las diferentes tonalidades con las que se puede contemplar el mundo. Un mundo gris cuando se observa desde el monoteísmo del cemento y el hormigón pero que esconde infinitas sorpresas cuando cada espacio constructivo se organiza desde su propio eje de coordenadas.¹⁸

De la misma forma que la luz ordena nuestro espacio visual, los sonidos y olores ordenan nuestro espacio emotivo. El sonido que envuelve a las ciudades y los pueblos también presenta una serie de notas que definen la atmósfera en la que se desarrollan nuestras vidas. El bullicio de la ciudad, alimentado por el tráfico de los vehículos, define en la indefinición a todas las ciudades de nuestro mundo globalizado. Sin embargo, otras manifestaciones se convierten en marcas idiosincrásicas de sus localidades como el cierzo al recorrer sus calles y rincones, o el rumor sosegado de los ríos al atravesar sus terrenos. Asimismo, sucede con los aromas, únicos en cada lugar según la flora autóctona de la localidad.

A su vez, cada vivienda se dispone como un filtro que transforma las condiciones geográficas y climáticas en una atmósfera particular. Dejando o impidiendo penetrar la luz, el calor o los sonidos, de acuerdo con las necesidades de sus habitantes, se genera el hábitat deseado según la circunstancia. Y es que toda actividad tiene lugar dentro de un marco que va más allá de la mera distribución espacial. En este sentido, la arquitectura de lo inmaterial se revela un factor influyente en nuestra actitud y emoción.¹⁹

La arquitectura de los sentidos se despliega como una marca personal de cada localidad. El color, sonido, aroma o incluso el tacto, definen a nuestros pueblos como

¹⁸ Viajar por los pueblos de la provincia de Zaragoza examinando las distintas tonalidades que refleja el adobe ejemplifica esta sorpresa a la que me refiero. La construcción local, al alimentarse de los materiales cercanos, adopta al igual que un camaleón, su cromatismo. Es por ello por lo que la diferente composición de la tierra de cada lugar genera una variedad infinita de tonos rojizos, ocres y marrones. Y lo mismo podría decirse de otro de los materiales que acompaña por excelencia a la arquitectura vernácula, la piedra, o de los revocos, ya sean de materiales térreos, yeso o cal.

¹⁹ Así expresa el arquitecto Jørn Utzon la importancia de los aspectos inmateriales de la arquitectura: “Nuestros entornos nos influyen por su tamaño relativo, su luz, su sombra, su color, etc. Nuestro estado depende completamente de si nos encontramos en una ciudad o en el campo, o de si el espacio en el que estamos es grande o pequeño. En un principio nuestras reacciones frente a tales circunstancias son inconscientes, y sólo caemos en la cuenta de ellas en ocasiones especiales como, por ejemplo, cuando gozamos de un detalle o sentimos un particular vínculo con el entorno o una acusada sensación de desagrado”. (Puente, 2010, 7).

una suerte de código genético inmaterial. Ceder a la estandarización cultural y a la arquitectura que se impone desde las ciudades equivale no solo a omitir esta dimensión sensitiva, sino a destruir parte de los recursos que singularizan a las localidades, y en última instancia, a sus propios habitantes. Las corrientes de aire, los flujos de agua, la luz reflejada en las fachadas, esquinas y rincones de las calles, o el aroma de las plantas que las adornan, también forman parte de nuestro ser. Y todo ello se traduce no solo en arquitectura identitaria sino también en calidad de vida.



La arquitectura de lo inmaterial se manifiesta en la apreciación de su espacio urbano. La luz. Apreciación en casas altas en Tierga, tras casa puente en Sástago, y a través de una ventana en Sos del Rey Católico. El olor. Las flores y la vid adornan las calles y casas. En Tierga, Sos del Rey Católico y cultivos de la huerta propios en Mesones de Isuela. La textura. Apreciación de tres superficies (y colores) diferentes: la piedra, la cal sobre revoco y el adobe. En Biel, Gelsa y Almonacid de la Cuba.

La arquitectura como gesto: reflejo del mundo social

La forma de construir es un reflejo de la actitud que el ser humano toma ante su vida y ante el medio que le rodea. Las tipologías arquitectónicas reflejan así la estructura social y cultural de los individuos que las habitan. Desde el orden y proporción que reflejaba el mármol de los monumentos greco-romanos, pasando por la iluminación divina a la que aspiraban las catedrales góticas en su ascenso hacia el cielo y acabando con las viviendas funcionalistas de la modernidad, la arquitectura ha ido reflejando la configuración subjetiva de cada época.²⁰ ¿Qué imagen nos devuelve de nosotros mismos la arquitectura de nuestra época? ¿Qué imagen refleja la arquitectura del Cuarto Espacio?

Ciertamente, los espacios arquitectónicos nunca han sido inocentes, libres de expectativas o prejuicios. La semiótica del poder ha empleado en numerosas ocasiones la performatividad del espacio para alcanzar sus propósitos.²¹ No hay más que contemplar los palacetes aragoneses presentes en muchos de nuestros pueblos: simbolizaban la riqueza y el poder de los nobles y terratenientes frente a las casas humildes de los campesinos. Éstos debían conformarse con los considerados materiales pobres (el adobe y tapial), adoptando para sus viviendas formas arquitectónicas que explicitaban la jerarquía imperante. Las grandes dimensiones, las galerías de arquillos o los aleros de madera tallada, así como la ubicación urbana²² conferían una simbología que delataba el estatus del habitante.

Pero la arquitectura no sólo se constituye como mero reflejo del mundo social en el que tiene lugar, sino que proyecta ideales, evoca sueños y crea valores. ¿Qué tipo de comprensión del propio ser humano deberíamos impulsar desde los horizontes arquitectónicos?

Mediante su incardinación en la trama narrativa de nuestras vidas, los espacios arquitectónicos no solo constituyen el entorno significativo en el que vivimos sino que además garantizan la continuidad de la temporalidad histórica. La semiótica espacial

²⁰ El espacio urbano es la matriz desde la que se construye la realidad social permitiendo que se produzca la interconexión entre las experiencias individuales y las representaciones culturales. El espacio público aparece como un producto social tejido por las significaciones que estructura el espacio urbano. A su vez, las construcciones edificadas aparecen como una suerte de memoria colectiva.

²¹ Los espacios son performativos en el sentido de que pueden moldear o incluso crear las subjetividades que contienen.

²² La casa consistorial, la casa del noble y la iglesia, suelen disponer de una ubicación privilegiada. De esta forma se exhibe simbólicamente el peso de cada uno de los poderes.



La casonas o casas palacio, renacentistas o barrocas, se extienden a lo largo de toda la provincia de Zaragoza. En las fotos, casa palacio en Ejea de los Caballeros y detalle de su galería de arquillos; y Palacio de Torres Solano (s. XVII) en Bujaraloz.

que nos aportan resulta imprescindible para que nuestras vidas puedan trascender la situación inmediata formando así parte de la tradición cultural en la que estamos enmarcados. Como parte del mobiliario de nuestra vida cotidiana, los edificios y espacios que atravesamos garantizan esta continuidad de sentido. Sin embargo, la aceleración de las transformaciones modernas erosiona la garantía de esta continuidad. La arquitectura popular, desde la inercia que parece condenarla a su hundimiento en el olvido, aparece como el contrapeso de este movimiento acelerado. Una mirada al habitar tradicional bien podría ofrecernos una línea de pensamiento divergente desde la que considerar los valores y las metas hacia las que proyectamos nuestras vidas.

La explosión positivista: una nueva forma de habitar

La modernidad se constituye como tal con el surgimiento de la figura del sujeto (ser humano) enfrentado el objeto (naturaleza). Desde entonces, esta relación polémica ha vertebrado nuestra cultura occidental. El objetivo de dominar la naturaleza ha generado un marco de pensamiento basado en el desarrollo científico-técnico, del cual se ha declinado una racionalidad sesgada²³ que instrumentaliza todo objeto natural como un recurso a explotar para alcanzar sus objetivos. Este enfrentamiento entre la sociedad y la naturaleza se ha venido acentuando desde la creación de las grandes ciudades. En ellas, se ha perfilado un estilo de vida que responde a esta dicotomía jerárquica y de la que se declinan una serie de valores marcados por la industrialización y el mercantilismo.²⁴ Estos valores se han extendido por doquier, de modo que hoy en día y de forma universal, la prosperidad social se mide por el incremento de la actividad económica –aún a pesar de que el crecimiento económico se produzca en ocasiones, a expensas de la salud humana y del ecosistema. La técnica se ha convertido en el aliado esencial de este supuesto progreso que debería garantizar la felicidad de los seres humanos. Felicidad que en la actualidad parece más relacionada con la cantidad de objetos de consumo disponibles que con la calidad del ocio que proporcionan.

En la base del movimiento cultural de la modernidad encontramos una nueva fe en la imagen tecnológica del orden racional y el progreso. Así, las acciones del presente adquieren sentido a la luz de la fe en el viaje hacia el progreso continuo.²⁵ El pasado, que fundamentaba los valores de la tradición, deja paso al futuro como garante de los valores del presente. Lo *nuevo* se expone como la utopía cumplida por el progreso tecnológico y por tanto, se erige en el modelo a implantar, mientras que lo viejo se convierte en obsoleto y desechable. Siguiendo los dictados de este imaginario, la arquitectura vernácula, paradigma de lo antiguo, es condenada a su desaparición.

²³ Racionalidad sesgada en el sentido de que nuestra racionalidad no se agota en la unidimensionalidad del saber instrumental de corte científico-técnico. La racionalidad estética y moral componen las otras dimensiones de una capacidad del ser humano que ha sido mutilada por la racionalidad instrumental imperante desde la modernidad.

²⁴ En el medio rural, la dicotomía entre sociedad y naturaleza no ha presentado la misma evolución que en el ámbito urbano. La relación, más que de antagonismo, ha sido de homeostasis. El habitante rural ha basado su estilo de vida en la adaptación al medio en lugar de adaptar el medio a su estilo de vida.

²⁵ Esta ideología teleológica lleva a sacrificar todo momento presente en aras de un futuro de orden, progreso y felicidad. El instante deja de ser percibido como una unidad con sentido en sí misma para pasar a depender del instante futuro que lo justifica.

El paradigma arquitectónico del Movimiento Moderno,²⁶ encabezado por la Bauhaus y Le Corbusier, se enmarca en esta línea de progreso tecnológico²⁷ basada en la instauración de un tiempo liberado de la tradición. No en vano, el principal objetivo de la modernidad era emancipar a los seres humanos de las cadenas de la tradición. Cadenas de la tradición que, añadieron los arquitectos del Movimiento Moderno, condenaba a los seres humanos a vivir en edificios insalubres. Por ello, los arquitectos de esta corriente propusieron un modelo arquitectónico radicalmente nuevo,²⁸ fundamentado en la racionalización –construcción lógica del mundo-,²⁹ el funcionalismo –adaptación de la forma a la función del edificio-, y la abstracción –disociación o inconexión entre el edificio y el lugar concreto donde se instala (Santiago, González y Pérez, 2007, 3). Dicho modelo se denominó Estilo Internacional, puesto que, como su nombre indica, no se circunscribía a ningún territorio particular en virtud de su validez considerada universal, ya que universales eran consideradas igualmente las necesidades humanas que se intentaban satisfacer.³⁰

El Estilo Internacional huyó pues de todo tipo de localismo obviando así las tipologías arquitectónicas autóctonas y sus soluciones adaptativas. Hoy en día, el Estilo Internacional ha evolucionado hacia estructuras homogéneas e impersonales que aíslan a sus habitantes de las señas culturales y materiales de sus localidades. Las tipologías arquitectónicas de cada pueblo, comarca o región desaparecen estandarizadas bajo el molde único de un diseño de carácter universal. Las soluciones adaptativas particulares que habían sedimentado tras siglos de acomodación al medio, se sustituyen por la eficiencia tecnológica del progreso. De hecho, la tecnología actual permite imponer nuestras condiciones al medio. Las ventanas herméticas, el aire acondicionado o los sistemas de calefacción, hacen innecesarios los gruesos muros típicos de la arquitectura popular. Muros que la arquitectura del Movimiento Moderno volvió transparentes,

²⁶ Se puede encontrar una exposición breve pero detallada de esta tendencia arquitectónica en el libro de Iñaki Ábalos, *La buena vida*.

²⁷ Progreso tecnológico que lleva a considerar a la vivienda –en palabras de Le Corbusier- como “una máquina para habitar”.

²⁸ El proyecto del Movimiento Moderno contenía a su vez un proyecto transformador del mundo.

²⁹ La construcción de Brasilia –a partir de un proyecto nuevo, sin tradición ni pasado- representa el ejemplo paradigmático de ciudad racionalista; el orden que refleja la simetría matemática de su estructura urbana y su elegante monotonía, responden al ideal de la modernidad.

³⁰ Se suponía que las necesidades del ser humano, considerado como universal, podían ser determinadas científicamente mediante medidas fisiológicas y psicológicas. Sin embargo, las necesidades humanas dependen de modelos culturales locales que difícilmente un ideal universal podrá satisfacer. En nuestra sociedad actual, por ejemplo, las necesidades son moldeadas por la interacción entre el mercado y el individuo. ¿Qué productos o servicios comprados como “necesarios” necesitamos realmente?

permitiendo disolver el límite doméstico entre interior y exterior. La casa positivista³¹ se presenta entonces como un ejemplo de luminosidad y visibilidad. La estructura maciza de la casa tradicional basada en el acondicionamiento climático pasivo y en el resguardo de la intimidad de sus habitantes, deja así paso a un modelo de vidrio basado en el acondicionamiento climático activo y en la transparencia total. El vidrio se convierte en el símbolo por excelencia de la arquitectura moderna pues contribuye a mantener el ideal de asepsia tan propio de la nueva forma de habitar y construir. Y es que el objetivo último del Movimiento Moderno es la creación de un ambiente que garantice la perfecta higiene, insolación y ventilación domésticas. Para ello, se proyectaron viviendas orientadas según el eje heliotérmico –las cuales en su conjunto darían lugar a ciudades perfectamente orientadas por la eficiencia energética-,³² y espacios verdes cuadrículados y ordenados geoméricamente para que los ciudadanos pudieran realizar deporte saludablemente. En definitiva, se pretendía que el espacio urbano y doméstico se convirtiera en una retícula matemática perfectamente ordenada.

Pero este proyecto, elogiado por su buena disposición y ordenamiento racional, genera espacios deshumanizados y por lo tanto inhabitables. La retícula matemática que compone el proyecto moderno es incapaz de acomodar el espacio afectivo y simbólico en el que se desenvuelven nuestras vidas. Es un espacio sin densidad, sin memoria. La dimensión cualitativa se difumina fagocitada por la homogenización cuantitativa del espacio habitable en la que el metro cuadrado es la única categoría desde la que se comprende el espacio. Por el contrario, el espacio del habitar tradicional, asimétrico y sin cálculo previo, se caracterizaba por la invisibilidad de los afectos y deseos que tejían la trama significativa de las vivencias de los individuos. El espacio generado gozaba así de pleno sentido y significado. Un espacio generado desde la experiencia vital de sus habitantes, convertidos en una suerte de “bricoleurs”. Infinitos colores, olores, sonidos y texturas poblaban este habitar consciente de la densidad de la vida que circulaba a su alrededor.

³¹ El Positivismo o Filosofía Positiva figura entre los fundamentos teóricos de la arquitectura del Movimiento Moderno.

³² El ejemplo paradigmático de esta obsesión por la orientación solar es la Dymaxion House. Se trata de viviendas de 90m² y planta circular construidas en aluminio que tienen la capacidad de rotar sobre sí mismas en busca de las mejores condiciones climáticas en cada momento (Espuelas, 2009, 21).

La nueva espacialidad: la ciudad positivista

El urbanismo basado en el cálculo numérico de cantidades y en la hiperconectividad ha dado lugar al espacio de flujos. Producción y consumo se retroalimentan en un sistema global canalizado por las redes de información. En la sociedad red la clave del progreso descansa en la conectividad. Las grandes ciudades contemporáneas garantizan la creación de sinapsis tanto materiales como informacionales fagocitando los núcleos rurales colindantes y fusionándolos con la metrópoli. Y así, no solo se favorece una nueva forma de habitar (la vivienda dispersa) y de consumir (el ocio de los grandes centros comerciales), sino que también se genera una forma de ser basada en la homogeneización cultural y en el individualismo solipsista.³³ El trueque de las calles y plazas en las que se desarrollaba la convivencia comunitaria por las grandes vías de tráfico que conectan las viviendas unifamiliares con los centros comerciales, implica una nueva forma de intersubjetividad. Los desplazamientos automovilísticos del hogar a la urbe crean vecindarios caracterizados por el anonimato,³⁴ frente a la cercanía y paseos a pie del mundo tradicional que permitían y facilitaban las relaciones sociales. Como resultado de la desaparición de los nexos vecinales, el individuo desarrolla sus relaciones vía Internet o de forma impersonal en su rol de cliente en los grandes centros comerciales. Estos centros se erigen en pequeños universos en los que la temporalidad del mundo que les rodea queda codificada bajo su propio código interno; el día y la noche pierden su sentido en un interior iluminado artificialmente en aras del consumo. Un consumo mediatizado por las cadenas multinacionales en el que apenas hay espacio para los productos locales. Los centros comerciales se convierten así en un espacio de encuentro comunitario, reemplazando a los tradicionales espacios públicos.

La nueva ciudad positivista se caracteriza por la fragmentación de los diferentes lugares en los que se desarrolla la vida cotidiana: el hogar, el trabajo, el estudio, el ocio, etc. Las distancias metropolitanas favorecen que la creación del espacio intersubjetivo gire en torno a la movilidad de los medios de transporte, de modo que tiempo y espacio

³³ Tradicionalmente, el medio rural se ha considerado un escenario homogéneo frente a la heterogeneidad de la ciudad. Sin embargo, hoy en día, la homogeneidad se ha convertido en un rasgo definitorio de la ciudad. La creación de barrios residenciales en las afueras de las ciudades o la formación de zonas marginales, generalmente en el centro de las mismas, ha llevado a la segregación social. El intercambio de “los diferentes” que originó la ciudad queda así reducido a la tautología de los iguales que forman parte de un mismo subconjunto espacial.

³⁴ En consecuencia, la reivindicación de la mejora de los espacios cotidianamente compartidos como plazas, calles y jardines, se ha convertido en una cuestión estética e higiénica más que en una medida comunitaria.

se introducen en una dinámica de aceleración que prescribe la morfología de los espacios urbanos y domésticos. En consecuencia, también los individuos se fragmentan reflejando el reparto funcionalista de sus espacios vitales. Su identidad pasa a codificarse en función de los objetos de consumo manipulados en el tráfico diario en lugar de hacerlo en función de la memoria del lugar en el que residen. Y es que éste tiende a deslocalizarse en un proceso de abandono de las marcas indentitarias que codificaban antaño un horizonte preñado de significado.

La arquitectura de las ciudades y los lugares que genera tienden a declinarse en función de una lógica económica ajena al entorno en el que se enmarca. De hecho, los nuevos espacios tienden a homogeneizar el territorio destruyendo la diversidad tanto cultural como natural. La construcción de viviendas unifamiliares, por ejemplo, tan de moda en nuestros días, se lleva a cabo tras el derribo pertinente de árboles y posterior desbrozamiento del terreno –con la consiguiente destrucción o alejamiento de la flora y fauna autóctonas- para poder ser nivelado por las máquinas industriales.³⁵

Problemas ecológicos de la ciudad positivista

Las ciudades basan su funcionamiento en un consumo energético masivo, lo cual ha generado una serie de problemas ecológicos tales como el agotamiento de los recursos naturales en los que se basa dicho consumo energético, la contaminación de él derivada, y el calentamiento global resultado de la misma. El metabolismo de las ciudades crece progresivamente consumiendo recursos y produciendo desperdicios, en una dinámica lineal, esto es, alejada de la circularidad de los ciclos energéticos de su ecosistema. Este modelo de ciudad se declina del imaginario de bienestar que en nuestras sociedades genera una serie de necesidades que en lugar de satisfacerse con productos reutilizables o al menos reciclables, se introducen en lo que W. McDonough y M. Braungart denominan el ciclo de la cuna a la tumba: “Se extraen los recursos, se transforman en productos, se venden, y, al final, se los arroja a algún tipo de “tumba”, normalmente un basurero o una planta incineradora” (2005, 24).

³⁵ Señalan W. McDonough y M. Braungart en su obra *Cradle to cradle (de la cuna a la cuna)*: “En lugar de haber sido diseñadas adaptadas a un paisaje cultural y natural, la mayoría de las áreas urbanas actuales simplemente crecen, como se suele decir, como un cáncer, extendiéndose inexorablemente, erradicando en el proceso la vida del entorno, arrasando el paisaje natural bajo capas de asfalto y cemento” (2005, 30).

Una mayor durabilidad de los bienes de consumo implicaría una radical disminución del coste energético necesario para su fabricación. Consecuentemente, también implicaría una reducción de los recursos necesarios para su producción. Teniendo en cuenta que la construcción es un campo que consume cantidades enormes de recursos energéticos y materiales, se revela imprescindible tener en cuenta estas consideraciones, en aras de que las sociedades recuperen el equilibrio perdido con el medio que las rodea. En este aspecto, la arquitectura vernácula se muestra como un ejemplo a seguir: las viviendas se construían bajo el criterio de permanencia, y, en caso de ser derribadas, los materiales, en la mayor parte de los casos, volvían al ciclo natural del que provenían.

Pero la insostenibilidad del modelo de desarrollo socioeconómico actual no solo perjudica nuestro presente: también dilapida el futuro de las próximas generaciones. Por ello, y en cuanto a la arquitectura concierne, desde hace ya unas décadas se está trabajando en intentar mejorar la efectividad de los edificios. Sin embargo, muchos edificios energéticamente eficientes se disponen como células herméticas, con los consiguientes problemas para la salud que la reducción de la tasa de intercambio de aire y el consecuente incremento de la concentración de contaminantes procedentes de los materiales industriales que estructuran su interior conllevan. No se trataría entonces de edificar células herméticas basadas en el ideal de limitar al máximo el consumo energético y sus emisiones. La eficiencia energética debe considerarse conjuntamente con el bienestar personal. El cuidado de la salud del planeta no debería suponer un daño o lesión para la salud humana (Edwards, 2008, 141-142).

W. McDonough y M. Braungart han planteado un modelo arquitectónico basado en la eco-eficiencia (2005, 47). Su propuesta lleva a imaginar cada edificio como un árbol y cada ciudad como un bosque. Las construcciones, al igual que los árboles, debieran ser capaces de producir más energía que la que consumen, y sus desperdicios debieran poder ser devueltos al medio reintegrándose en el metabolismo natural.³⁶ Este ideal de autosuficiencia energética se revela en la actualidad factible mediante la instalación de placas solares y otros dispositivos captadores de energía basados en las fuentes renovables. Asimismo, hoy en día, aunque muchos de los productos que usamos en nuestra vida cotidiana no pueden ser devueltos directamente a la naturaleza, sí pueden reciclarse y así reutilizarse. De hecho, es posible aprovechar las materias primas

³⁶ Señalan W. McDonough y M. Braungart: “La naturaleza actúa según un sistema de nutrientes y metabolismos en el que no existe la basura” (2005, 87).

que componen los productos no orgánicos una vez usados, gracias al reciclaje.³⁷ De esta forma, la dinámica del ciclo “de la cuna a la tumba” se transforma de acuerdo al ciclo natural “de la cuna a la cuna”.

Los habitantes de la arquitectura tradicional, sin necesidad de reflexionar sobre el impacto medioambiental de su forma de vida, basaban su relación con el medio en la coordinación con los flujos de la naturaleza. El sentido común les llevaba a adoptar medidas de eficiencia energética tales como la ubicación adecuada de las viviendas – protegidas por obstáculos geográficos como colinas o por obstáculos vegetales como masas de arbolado-, o la correcta orientación –al abrigo del viento y dispuestas para recibir el calor del sol. Además, no consumían más recursos energéticos de los que eran capaces de restituir: la madera empleada para las estructuras de los edificios y para el calor de las chimeneas se reponía mediante replantaciones. Y, en general, los materiales que soportaban las construcciones provenían del medio local, volviendo a él tras su demolición: el adobe y el tapial se convertían de nuevo en tierra y la piedra de los muros se volvía a utilizar.

El mundo rural y el mundo urbano

La arquitectura tradicional se define por su carácter preindustrial y rural: preindustrial porque se trata de una arquitectura anterior a la industrialización, a su forma de producción, y a los nuevos materiales constructivos y las tipologías arquitectónicas a ellos asociadas, que dichos procesos introdujeron; y rural puesto que hasta que tuvo lugar la industrialización –en la provincia de Zaragoza, hacia finales del siglo XIX y principalmente en la ciudad de Zaragoza-, prácticamente todo el espacio era rural, entendiéndose como tal el espacio dedicado principalmente al desarrollo de actividades agropecuarias.³⁸ Dado el estrecho vínculo entre la arquitectura popular y el medio en el que se inscribe, analizar el significado del mundo rural en el que la arquitectura tradicional se inserta, puede arrojar luz a la hora de considerar su estado, evolución y valor actual.

³⁷ En este sentido es imprescindible el ecodiseño de los productos para que puedan ser reciclados posteriormente.

³⁸ Posteriormente, el espacio rural se desvinculará de la exclusividad de la actividad agrícola y ganadera, diversificando su actividad productiva.

El mundo rural aparece como tal al constituirse el mundo urbano.³⁹ Sin embargo, y paradójicamente, a pesar de su surgimiento derivado del mundo rural, el imaginario urbano ha impuesto su perspectiva como verdad abstracta y universal. Así, lo rural ha sido calificado como lo *inculto* y *tosco*, mientras que lo urbano se asocia a lo *cortés* y *de buen modo*,⁴⁰ y en otro orden de aspectos, a la cultura y a la tecnología, y en definitiva, al progreso. Esto es, lo urbano ha sido valorado y lo rural devaluado, considerándose un estadio a superar mediante la adecuación a las pautas del mundo urbano. De hecho, la ciudad toma los recursos que necesita del medio rural devolviéndole a éste una serie de bienes y servicios cuyo valor depende de los parámetros urbanos. El sociólogo J. A. Bergua sostiene en su conferencia “El papel de la tradición en el resurgir de lo rural” (2001), la tesis de que los ámbitos urbano y rural mantienen una relación antagónica, análoga a la escisión sujeto-objeto que inaugura la modernidad.⁴¹

Hoy en día, el crecimiento demográfico, el desarrollo económico y el poder político se concentra en las ciudades. No obstante, la promesa de felicidad que envuelve a la vida en la ciudad no parece cumplirse. El individualismo exacerbado o la inseguridad ciudadana son disfunciones que propician que el entorno rural recupere un potencial utópico que lo sitúa como icono mistificado de una nostalgia urbana ávida de contacto con la naturaleza. Además, la búsqueda de nuevas experiencias ha conducido a una revalorización de lo rural asociado en el nuevo imaginario urbano a una vivencia del tiempo más sosegada, a “lo auténtico” y en última instancia, a una calidad de vida óptima. Pero con objeto de que los urbanitas se inserten de forma armónica en la vida de naturaleza que caracteriza el medio rural, la cultura popular ha sido acondicionada para que pueda ser fácilmente interpretada. Al hacerlo, ha quedado en parte desvitalizada y en parte distorsionada. Desvitalizada al ser convertida en objeto de museo, y distorsionada al ser recreada desde las expectativas generadas por el turista.

En definitiva, el mundo rural se contempla a sí mismo desde una nueva perspectiva: se resignifica desde las categorías de la ciudad, y al hacerlo, su identidad singular acaba por desaparecer. Así, se abandonan los materiales, utensilios y tipologías

³⁹ Lo rural y lo urbano son conceptos correlativos: se definen por la negación de lo que es el otro.

⁴⁰ Definiciones de “rural” y “urbano” de la Real Academia de la Lengua Española.

⁴¹ La ciudad se constituiría así en sujeto científico frente al medio rural, que se consideraría objeto natural.

Otros sociólogos, sin embargo, hablan de un continuum rural-urbano y sostienen que entre estos ámbitos se da una relación de complementariedad.

arquitectónicas propias del medio rural en pos de modelos constructivos exportados de la ciudad, y se pierden las técnicas tradicionales ancestrales de construcción, que, en el mejor de los casos, son extraídas del ámbito en el que nacieron para quedar momificadas en tratados científicos –los cuales corren el peligro de ser tergiversados al carecer de las claves interpretativas propias del habitante rural. Y es que cuando el conocimiento experiencial queda traducido a un código teórico necesariamente se mutila la densidad vital –densidad que únicamente puede ser vivida y no sólo explicada- que escapa a las categorías de la teoría. De esta forma, los saberes del medio rural que se habían transmitido de generación en generación quedan marcados bajo el sello del no-saber.

La vuelta al diseño orgánico: la arquitectura tradicional como posibilidad de equilibrio con el medio

La arquitectura del Movimiento Moderno se basaba en sistemas ortogonales: líneas rectas, ángulos de 90° y cubos perfectos. Mostraba así el dominio de la razón sobre la naturaleza cuya geometría se basa en la línea curva, y cuyo diseño y leyes de crecimiento no son lineales sino de tipo fractal. Los edificios que se adaptan a esta geometría líquida desarrollan formas y volúmenes orgánicos, más eficientes, económicos y apropiados para el clima del lugar y las condiciones ambientales. Su diseño permite seguir el recorrido del sol cuando éste se traslada en el cielo siguiendo un camino semicircular. Asimismo, en los interiores curvilíneos, el calor se distribuye con más eficacia, evitándose los rincones caldeados y los puntos fríos. Las tipologías arquitectónicas tradicionales no se corresponden con las tendencias orgánicas contemporáneas. Sin embargo, en algunos de sus diseños se aprecia un aire de familia con la vitalidad orgánica de la naturaleza. Las casas cuevas son un ejemplo paradigmático de utilización de la propia naturaleza como matriz constructiva. Al igual que en nuestro cuerpo, la temperatura interior se mantiene constante aunque varíe la exterior. La tierra que protege su espacio habitable hace las funciones de regulador térmico junto con la cubierta vegetal de su superficie. Además, su espacio interior, de formas curvas, garantiza la creación de un espacio acogedor y psicológicamente atractivo. Un espacio que se contagia de la vida de sus habitantes y que es susceptible de ser ampliado en función de sus necesidades.



Casa construida integrando el saliente de la roca en la fachada en Orés.

Proyectar la vivienda desde las necesidades vitales del individuo manteniendo un equilibrio armónico con el medio en el que se enmarca, o utilizar materiales naturales de la zona donde se construye, son igualmente principios que comparten la arquitectura orgánica y la vernácula. En lugar de albergar ideas preconcebidas sobre la forma y la estructura, el proyecto arquitectónico empieza atendiendo las necesidades y deseos de quienes allí van a vivir, reflejándose, incluso, su idiosincrasia personal, en el diseño de sus propias viviendas. Asimismo, muchas construcciones de la arquitectura orgánica y de la arquitectura popular transmiten la sensación de generarse a partir del lugar donde están ubicadas; se adaptan a las singularidades de un terreno concreto y por tanto, son únicas e irrepetibles pues su diseño no se basa en la geometría de un plano abstracto creado en el ordenador sino en las soluciones experimentales en respuesta a los problemas constructivos que plantea el terreno.

La clave a la hora de crear un diseño arquitectónico, está en la preservar la continuidad con la naturaleza, señala el arquitecto Glenn Murcutt. Cada vivienda es la respuesta a los interrogantes que genera cada lugar. Por ello, no sirven los modelos abstractos; se deben respetar las variables geográficas y culturales que definen cada lugar. Se debe auscultar la tierra, contemplar la trayectoria del sol, observar donde sopla el viento... Cada entorno cultural genera, además, una comprensión de su medio y una serie de modelos arquitectónicos que responden a esta interpretación. Se debe escuchar entonces la voz de cada lugar para poder construir desde su habitar.